

Históricas Digital

Rebeca Villalobos Álvarez

“Filosofía, teoría y metodología de la historia. El caso de *Metahistoria* de Hayden White (n. 1928)”

p. 175-196

Historia y método en el siglo XX

Pilar Gilardi González y Martín Ríos Saloma
(coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

200 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía, 14)

ISBN 978-607-02-9836-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia/metodo/691.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Filosofía, teoría o metodología de la historia

El caso de *Metahistoria* de Hayden White (n. 1928)

REBECA VILLALOBOS ÁLVAREZ
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras

El lector tiene en sus manos una reflexión en torno al vínculo — problemático y aun así renovado — entre teoría y metodología históricas. Aunque el desempeño de ambas tareas constituye, en un sentido muy elemental, la puesta en marcha de un ejercicio de análisis y conceptualización, los objetivos implicados en la labor de un teórico no siempre se corresponden con las intenciones de un metodólogo, o con las de cualquier profesional de las humanidades, en la práctica cotidiana de su disciplina. La construcción de una mirada teórica respecto a la historia, por su parte, no necesariamente da lugar a la generación de una metodología concreta para la interpretación de un determinado fenómeno, del mismo modo en que la aplicación de un esquema metodológico cualquiera no presupone una filiación de origen a una perspectiva teórica o filosófica en particular. Aun así, parece inobjetable que desde la segunda mitad del siglo XX a la fecha el rigor en los procedimientos de investigación; la explicitación de conceptos y referencias teóricas; la asimilación de otras perspectivas disciplinarias y la reivindicación de la reflexión filosófica desempeñan un papel mucho más significativo en el desarrollo de los estudios históricos a nivel profesional. Esta situación favorece una perspectiva menos empirista de la disciplina y una forma acaso menos ingenua de concebir las peculiaridades del conocimiento que nos ofrece sobre el mundo. En el contexto de la historiografía contemporánea, el ejercicio habitual de reconstrucción, interpretación y/o explicación del pasado involucra la creciente utilización de referentes teóricos y el uso cada vez más reflexivo de términos a los que se les atribuye cierta base conceptual (me refiero, por ejemplo, a las nociones de “élite”, “proceso”, “ideología”, etcétera).

Ahora bien, cabe destacar que la relación entre teoría e historia no se limita a procedimientos de interpretación o análisis puntuales.

El tipo de reflexión que se juzga teórica también involucra consideraciones generales sobre la práctica historiográfica; cuestiones que revelan su carga filosófica cuando se traducen bajo la forma de preguntas fundamentales: ¿cuál es el sentido de la historia?, ¿cuál es la naturaleza del conocimiento histórico?, ¿cuál es la relación de la historia con otras disciplinas?, etcétera. Si bien es cierto que la tarea cotidiana del historiador no necesariamente involucra cuestionamientos explícitos en ese sentido, hemos aprendido a reconocer, en la resolución de problemas concretos, implicaciones teórico-filosóficas de más largo aliento. Esto ha permitido, a su vez, renovar la idea que tenemos acerca de la teoría o la filosofía de la historia como actividades que no son idénticas a la del historiador pero que muchas veces se encuentran estrechamente relacionadas con ella.

Aun así, resulta riesgoso, y en la mayoría de los casos poco pertinente, la plena identificación entre una determinada teoría de la historia y el seguimiento puntual de lineamientos metodológicos. Esto se debe, al menos en parte, a que el uso de las expresiones *teoría de la historia* y *filosofía de la historia* no se rige por criterios claros y mucho menos unívocos. Las acepciones de los términos simples (teoría y filosofía) suelen variar, pero también es cierto que en muchas ocasiones suelen utilizarse como sinónimos. Cuando entendemos por filosofía simple y llanamente un “conjunto de saberes que busca establecer, de manera racional, los principios más generales que organizan y orientan el conocimiento de la realidad”, la equiparación con una acepción igualmente simple de teoría es perfectamente posible.¹ El pensamiento de Karl Marx, por citar otro ejemplo significativo pero más puntual, se ha caracterizado apelando a ambos vocablos. Tampoco resulta inusual referirse a la filosofía de la historia implicada en obras historiográficas complejas, como *Historia de los papas* de Leopold von Ranke o *La democracia en América* de Alexis de Tocqueville. Un caso también interesante es el análisis que se ha hecho de los componentes teórico-filosóficos involucrados en

¹ La definición de *filosofía* es del *Diccionario de la lengua española*, 22a. edición, Madrid, Real Academia Española, 2001 (versión electrónica) y puede compararse con caracterizaciones simples de *teoría* como “conjunto sistemático y ordenado de principios que explican un fenómeno o un acontecimiento”.

la producción historiográfica de toda la corriente de *Annales*.² Todos estos ejemplos revelan vínculos estrechos entre teoría, filosofía e historia. En algunos casos (Ranke) la relación exhibe la preeminencia de una visión filosófica sobre el sentido del devenir humano que imprime cualidades específicas a la interpretación de fenómenos históricos concretos. En otros (Braudel, por ejemplo), el vínculo supone la conceptualización de un modelo de explicación (la teoría de la corta, mediana y larga duración) en el análisis de problemáticas históricas. Ahora bien, cabe destacar que el reconocimiento de semejantes convergencias no facilita la definición acotada y puntual de lo que entendemos por teoría o filosofía de la historia. Pero reflexionar sobre ello sí nos permite identificar los diferentes niveles en que el lenguaje teórico y las perspectivas filosóficas se involucran en la labor del historiador.

El presente trabajo se encamina en esa dirección. Su objetivo es mostrar que teoría o filosofía de la historia son nombres que utilizamos (a veces de manera indistinta) para referir una amplia e interesante gama de concepciones generales sobre la realidad humana, el conocimiento histórico y/o sus procedimientos de interpretación y análisis. Desde mi punto de vista, un buen camino para entender la naturaleza de los vínculos entre teoría y metodología es considerando el lenguaje conceptual, en última instancia filosófico, como una herramienta que funciona en distintos contextos y en diferentes niveles, muchas veces conectados pero no necesariamente correspondientes. Para ejemplificar lo anterior, he considerado oportuno evaluar los diversos usos del lenguaje filosófico o conceptual, así como sus implicaciones teórico-metodológicas, en una obra en particular.

Metahistoria, de Hayden White, que vio la luz en 1973, constituye un referente indiscutible del narrativismo: una de las corrientes más importantes de la teoría histórica contemporánea.³ Al mismo tiempo, se ha convertido, hay que decir que no siempre con éxito, en una suerte de parámetro o guía en función del cual se analizan

² Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003, particularmente en la segunda parte de la obra, titulada "Historia/Epistemología", p. 177-376.

³ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

obras históricas, teniendo como base precisamente ciertos criterios metodológicos sobre el análisis del texto historiográfico desde el punto de vista literario. A la luz de estas consideraciones, el propósito de las siguientes líneas es analizar algunas de las peculiaridades de *Metahistoria* en estos dos sentidos – uno eminentemente teórico o filosófico y otro metodológico– con la finalidad de evaluar los distintos planos de acción de la actividad teórica. Pero, antes de entrar en materia, juzgo necesario aclarar lo que se entiende aquí por lenguaje teórico o conceptual. Por esta razón, el presente trabajo se compone de dos secciones. En la primera se ofrece un panorama general de los distintos usos que suelen darse al término teoría y, por extensión, al de teoría de la historia; mientras que en la segunda se aterrizan estas reflexiones en función de lo que, al día de hoy, *Metahistoria* ha llegado a significar en el campo de la filosofía y la teoría de la historia contemporáneas. Pasemos, pues, a la primera consideración.

Sobre la teoría en general y la teoría de la historia en particular

En los últimos veinte años, y tal vez desde antes, las diversas referencias a la teoría de la historia se han hecho más frecuentes y en algunos casos incluso se ha formalizado el uso del término a través de diversos programas y lineamientos académicos, que hacen posible juzgarla como una materia pertinente en la práctica historiográfica reciente. Asimismo, el conjunto, a todas luces creciente, de obras y artículos que la tienen como su materia principal de estudio da fe de la emergencia de la teoría de la historia como una subespecialidad reconocida y hasta cierto punto habitual en el campo más general de la disciplina histórica. En consonancia con este fenómeno, cabe preguntarse qué entendemos en la actualidad por teoría de la historia y cuáles son sus formas de interacción con otras áreas, modalidades o perspectivas de los estudios históricos.

Como suele ocurrir con otros campos de especialización (historia cultural, historia conceptual, historia política, historia de género, etcétera), el desarrollo de la práctica en sí mismo ha superado ampliamente nuestra capacidad para establecer consensos y límites claros en cuanto a la naturaleza, la importancia y el significado de

este tipo de investigación, siendo uno de los resultados de este fenómeno la dificultad para identificar una matriz común dentro del vasto y heterogéneo universo de las obras relativas a la teoría de la historia, así como una suerte de usos o aplicaciones muchas veces indiscriminados o incluso confusos del término “teoría”. En virtud de lo anterior, considero no sólo pertinente, sino necesario, comenzar esta discusión señalando cuáles son, desde mi punto de vista, las implicaciones básicas que supone la utilización de este vocablo y, por extensión, del de “teoría de la historia”. Una vez hecho esto, creo que estaré en condiciones de mostrar el vínculo manifiesto entre una concepción teórica sobre la historia y una o varias perspectivas metodológicas posibles.

Resulta pertinente, o al menos didáctico, hacer alusión a los significados comunes del término en su modalidad más simple. Una rápida mirada a los diccionarios ofrece, por lo regular, una definición de “teoría” compuesta por dos significados distintos pero muy relacionados entre sí. En el primer caso, y en estrecho vínculo con sus raíces griegas más antiguas, “teoría” significa la actividad de mirar desinteresadamente, esto es, sin tomar participación en aquello que se observa. De ello resulta la conceptualización de “teoría” como acto mental o intelectual, cuyo propósito genérico es concebir, idear o incluso inventar.⁴ En el segundo caso, muy frecuente tanto en los diccionarios de lengua como en los especializados, los significados del vocablo hacen alusión a una serie o conjunto organizado de ideas, leyes o hipótesis sobre cualquier cosa o tema.⁵ Es en este segundo

⁴ “El verbo griego *θεωρία* significa ‘mirar’, ‘observar’ (lo que hacía el espectador en los juegos y festivales públicos). Este espectador no intervenía en tales juegos y festivales, su actividad era ‘teórica’ [...] Cuando el mirar, ver u observar se entendían ‘mentalmente’ significaba ‘considerar’ o ‘contemplar’”. De ahí, en suma, la identificación del término con una actividad esencialmente especulativa o de contemplación que es la que habitualmente se considera cuando el término es referido en un sentido eminentemente filosófico. Véase José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, 4 v., Barcelona, Ariel, 2009, p. 3474-3475.

⁵ “Conjunto organizado de ideas referentes a cierta cosa o que tratan de explicar un fenómeno”. María Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 2007, p. 2851. Otras acepciones comunes en los diccionarios de lengua, claramente relacionadas con la anterior, refieren el término ‘teoría’ como: 1) “Conocimiento especulativo considerado con independencia de toda aplicación”. 2) “Serie de las leyes que sirven para

sentido que el término resulta perfectamente concordante con la producción de conocimiento científico y la razón por la cual las voces “teoría” y “teoría científica” tienden a convertirse en sinónimos. Desde la perspectiva de la filosofía de las ciencias, la teoría constituye un “conocimiento especulativo considerado con independencia de toda aplicación”.⁶ En este contexto, el uso del término involucra la construcción de modelos explicativos o conjuntos de premisas que, con mayor o menor efectividad, permiten interpretar o describir condiciones dadas, esto es, observadas directamente. En cualquiera de los casos antes mencionados, la actividad teórica se inserta en el campo de la epistemología, constituyendo de ese modo la herramienta esencial del pensamiento filosófico.⁷

Las definiciones más complejas del término, por su parte, suelen vincular los dos sentidos básicos que he referido, haciendo posible su interpretación conjunta como el acto de mirar reflexivamente con la finalidad de organizar y articular ideas en función de sistemas y modelos abstractos. Concebido de esta manera, el conocimiento teórico, aun cuando se juzga de naturaleza eminentemente conceptual y abstracta,⁸ no parece destinado a quedarse en el ámbito de la especulación. Tal vez éste sea el motivo por el que nos resulta tan habitual relacionar los términos teoría y práctica y no, por ejemplo,

relacionar determinado orden de fenómenos”. 3) “Hipótesis cuyas consecuencias se aplican a toda una ciencia o a parte muy importante de ella”. Véase *Diccionario de la lengua española*.

⁶ *Diccionario de la lengua española*.

⁷ “A scientific theory is an attempt to bind together in a systematic fashion the knowledge that one has of some particular aspect of the world of experience. The aim is to achieve some form of understanding, where is usually cashed out as explanatory power and predictive fertility”, *The Oxford Companion to Philosophy*, 2a. edición, edición de Ted Honderich, Nueva York, Oxford University Press, 2005, p. 914. Para José Ferrater Mora, “la noción de teoría se halla implicada en casi todos los problemas que se suscitan en epistemología y, en particular, en filosofía de la ciencia” y aun cuando el autor considere que precisamente a eso se debe la dificultad para precisar el sentido del término, resulta inobjetable su estrecho vínculo con las preocupaciones de carácter cognitivo. José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*.

⁸ “El conocimiento humano es teórico según su forma en tanto tiene carácter general y, según su contenido, en tanto trasciende lo dado en cada caso.” Hermann Krings, Hans Michael Baumgartner, Christoph Wild et al., *Conceptos fundamentales de filosofía*, 4 v., Barcelona, Herder, 1979, p. 484-485.

los de filosofía y práctica. Algo en la forma en que conceptualizamos la palabra teoría, y el acto en sí de teorizar, hace no sólo lícito sino deseable el vínculo entre el conocimiento que se guía por generalidades y abstracciones y el acto de observar fenómenos individuales y/o concretos.⁹

Por su parte, la definición del término compuesto “teoría de la historia” supone algunas de las connotaciones presentes en el vocablo simple, aunque también un mayor grado de ambivalencia y hasta de ambigüedad. Las dificultades provienen, creo yo, fundamentalmente del segundo término en acción: el de “historia”. Como todos sabemos, esta palabra es altamente polisémica y su uso frecuente da lugar no sólo a ambigüedades sino a francas confusiones. “Historia” puede implicar por lo menos tres cosas: 1) el acontecer en sí; 2) los escritos sobre lo acontecido, y 3) la ciencia encargada de explicar y/o interpretar el devenir.¹⁰ Reduzco voluntariamente la gama de significados por motivos didácticos y expositivos, pero también para evidenciar el hecho de que la expresión “teoría de la historia” puede operar por lo menos en los tres niveles antes mencionados. De este modo, una determinada teoría de la historia puede definirse como: 1) un modelo de naturaleza conceptual y abstracta cuya finalidad es la explicación del acontecer (la teoría marxista de los modos de producción y las clases sociales, por ejemplo); 2) como un conjunto de lineamientos que permite explicar el funcionamiento del lenguaje historiográfico como tal, y, finalmente, 3) como el acto de reflexionar u observar el funcionamiento de las

⁹ Las consideraciones más generales sobre el término tienden a enfatizar el carácter abstracto y especulativo de la actividad teórica; sin embargo, existe también la necesidad de matizar semejante perspectiva en virtud del ejercicio teórico que se ejerce en el contexto de diversos campos disciplinarios. En consecuencia, la noción de teoría en tanto que sistema o modelo se relativiza, subrayando el aspecto observacional o empírico que involucra el análisis de fenómenos concretos. En este sentido, el pensamiento teórico constituye, ya no un ejercicio exclusivo de la filosofía de la ciencia (que puede abstraerse de la práctica científica como tal), sino un referente teórico-metodológico para el estudio de fenómenos observables. Véase *The Oxford Companion to Philosophy*.

¹⁰ Una reflexión precisa de esta problemática se encuentra en J. Huizinga, “En torno a una definición del concepto de historia”, en *El concepto de la historia y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 86-97.

operaciones mentales e intelectuales que tienen por objeto la producción de conocimiento científico.

Ahora bien, más allá de los ejercicios de definición terminológica o conceptual, o precisamente a raíz de las dificultades que semejante revisión arroja, es preciso tomar en cuenta, aunque sea de modo general, algunas nociones, ya no sobre el término en sí mismo, sino sobre la actividad o el tipo de estudios que, como dije antes, se realizan bajo el auspicio de ese vocablo.

La referencia más temprana que conozco del término “teoría de la historia”, al menos en un sentido más próximo a la práctica de los estudios contemporáneos en la materia, se encuentra en un artículo de Benedetto Croce publicado en la *Revista de Síntesis Histórica* en 1902 (*Revue de Synthèse Historique*, París, 1902) con el título “Los estudios relativos a la teoría de la historia en Italia durante los últimos quince años”. Ahí, el autor define la teoría de la historia como la reflexión en torno a los criterios a través de los cuales los historiadores han dado forma, unidad y contenido a sus narrativas, siendo en última instancia la estética (que Croce concibe en términos de una lógica de las intuiciones) el único criterio lícito para semejante actividad teórica.¹¹

Sin embargo, la teoría de la historia concebida “dentro de los confines del arte” no tuvo un impacto significativo en las décadas subsecuentes a la publicación del artículo de Croce, ni siquiera en el terreno del historicismo filosófico, por otro lado tan vinculado con el pensamiento del autor napolitano. Por lo que he alcanzado a observar, el uso del término mismo no resulta habitual sino hasta 1960, año en que se inaugura la publicación de la que sea, probablemente, la primera revista especializada en la materia: *History and Theory*.¹² Las décadas anteriores a esta publicación reflejan un interés

¹¹ Citado en Hayden White, “What Is Living and What Is Dead in Croce’s Criticism of Vico”, en *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins Paperbacks edition, 1985, p. 218-229, p. 221.

¹² *History and Theory* ha logrado congrega los nombres y en general las problemáticas más relevantes en el terreno de la reflexión teórica desde 1960 hasta la fecha. En su primer número, publicó artículos de Isaiah Berlin, “History and Theory: The Concept of Scientific History”; William Dray, “Toynbee’s Search for Historical Laws”; Arthur Lee Burns, “International Theory and Historical Explanation”, y Gerald J. Gruman,

ciertamente creciente por el estudio teórico y filosófico sobre la historia pero la literatura sobre el tema suele privilegiar la expresión “filosofía de la historia” antes que la de “teoría de la historia”. El problema, a lo largo de la primera década del siglo XX, es la identificación de los sistemas filosófico-especulativos de Hegel, Comte o Marx bajo el término “filosofías de la historia”, razón por la cual un nutrido grupo de intelectuales de todas las filiaciones tendieron a establecer una distancia entre la llamada filosofía especulativa o sustantiva sobre la historia y la ahora denominada filosofía analítica de la historia.

A partir de los años cuarenta, y de manera mucho más decidida en la década de los cincuenta, esta segunda acepción comenzó a circular, gracias a la controversia suscitada por el artículo de Carl Hempel “La función de las leyes generales en la historia” (1942). La polémica, conocida bajo el nombre de Debate Anglosajón,¹³ se dio fundamentalmente en el ámbito de habla inglesa y participaron en ella esencialmente filósofos deudores de la corriente analítica, preocupados por estudiar los fundamentos cognitivos de la investigación histórica y sus procedimientos explicativos. Una de las consecuencias de este debate fue la necesidad de definir la actividad filosófica en torno a la historia como una labor de reflexión y análisis sobre el conocimiento histórico y no sobre la realidad o el acontecer histórico en sí. En este contexto, el teórico no “usurpa” por decirlo así, la labor del historiador, no pretende imitarlo ni emularlo, sino simplemente indagar en torno a la validez de sus afirmaciones,

“‘Balance’ and ‘Excess’ as Gibbon’s Explanation of the Decline and Fall”. La revisión de estos materiales sugiere un uso ya frecuente del término así como la asimilación de algunas controversias que ya venían mostrando la emergencia de un campo de estudio particular, cultivado tanto por filósofos de distintas procedencias como por algunos historiadores. *History and Theory*, v. 1, n. 1, 1960.

¹³ La controversia ha sido referida en diversos espacios, y en algunos casos definida como el primer espacio de reflexión teórica sobre la historia que no estaba determinado por las filosofías de corte idealista. Véase Patrick Gardiner (ed.), *Theories of History*, Nueva York, The Free Press, 1959. De W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, México, Siglo XXI Editores, 1970. La primera edición, de habla inglesa, apareció en 1960. Arthur Danto, *Analytical Philosophy of History*, Londres, Cambridge University Press, 1965. *History and Theory*, Beiheft 25. *Knowin And Telling History. The Anglo-Saxon Debate*, edición de F. Ankersmit, Middletown, Wesleyan University, 1986.

explicaciones y/o interpretaciones sobre el pasado. A partir de este momento, la filosofía de la historia comenzó a entenderse como una práctica esencialmente analítica, una suerte de teoría o teorización, susceptible de expresarse en conjuntos de premisas e incluso de lineamientos y preceptivas lógicamente organizados en torno a lo que se juzgaba, en última instancia, como una disciplina científica.

A partir de los años sesenta, la expresión “teoría de la historia” fue adquiriendo mayor preponderancia y esto ocurrió, al menos en un inicio, en clara correspondencia con las inquietudes expresadas en el Debate Anglosajón. El uso recurrente de ese término concuerda con la también creciente acuñación de las expresiones “filosofía crítica” y “filosofía analítica” de la historia; casos en que la caracterización de una teoría de la historia también supone un tipo de actividad diferenciada de aquella que los historiadores realizan cotidianamente. Cabe destacar que, desde entonces, un grupo cada vez más nutrido de historiadores, y no sólo de filósofos, se encargó de reflexionar en torno a su propia labor y de analizar los productos historiográficos en función de criterios conceptuales y abstractos.¹⁴

Desde mi punto de vista, y sin ánimo de vincular artificiosamente tendencias filosóficas y/o historiográficas de muy diversas procedencias, existe una característica común entre la llamada filosofía analítica (o crítica) de la historia y los diferentes estudios que, con el nombre de teoría de la historia, fueron apareciendo bajo el auspicio de revistas y colecciones editoriales especializadas. En todos los casos, el tipo de reflexión mostrada es de carácter eminentemente sistemático, en el sentido de que supone la articulación lógica de ideas, herramientas de representación o procedimientos de explicación de lo histórico. Me refiero, pues, para decirlo en función del término que inicié explorando, a teorías; algunas de las cuales pretendieron incluso funcionar como modelos (el hempeliano es, en

¹⁴ A lo largo de toda la década de los sesenta *History and Theory* continuó con su labor en este terreno, dando a conocer no sólo algunos de los trabajos más connotados del llamado “debate anglosajón”, sino también otro tipo de materiales producidos en el centro de la actividad historiográfica profesional. Véase *History and Theory. Symposium: Uses of Theory in the Study of History*, v. 3, n. 1, 1963. Jürgen Herbst, “Theoretical Work in History in American University Curricula”, *History and Theory*, v. 7, octubre 1968, p. 336-354.

este sentido, un claro ejemplo) destinados a describir la lógica explicativa del historiador o bien las peculiaridades del objeto de estudio de la ciencia histórica. Al mismo tiempo, comenzaron a surgir teorías acerca de las formas de representación y las distintas estrategias literarias del lenguaje historiográfico. En todos los casos, no obstante, encontramos el ejercicio de un lenguaje analítico, esencialmente conceptual y proclive a la construcción de abstracciones. Y también identificamos que, en este contexto, la labor del teórico se da con un cierto grado de independencia (absoluto o relativo) a la práctica común del historiador que se pregunta sobre el acontecer en alguna de sus dimensiones. Por estas razones todas merecen, a mi juicio, el nombre de teorías de la historia, siempre y cuando entendamos que, a la luz de estos ejemplos, el término “historia” se refiere ya sea a las obras históricas (historiografía) o a la disciplina académica (ciencia de la historia) como tal.

A la luz de este antecedente, la emergencia del narrativismo supuso lo que comúnmente se ha considerado como una verdadera revolución en el ámbito de la teoría.¹⁵ Una de las razones para atribuirle semejante preponderancia es la conexión que guarda esta peculiar filosofía de la historia con el fenómeno historiográfico en sí mismo. Con esto me refiero a la dedicada atención que ha puesto esta corriente en las particularidades de los distintos discursos históricos. Lo anterior justifica hablar del narrativismo en términos de una teoría del lenguaje historiográfico, pero semejante denominación puede conducir a una reducción, en la medida en que una aspiración manifiesta de las posturas narrativistas involucra no sólo una perspectiva sistemática del discurso, sino también una perspectiva filosófica sobre la conciencia histórica en sus distintos niveles de acción. En consecuencia, se ha vuelto habitual caracterizar el narrativismo en dos sentidos: como una teoría sobre el texto historiográfico y como una filosofía que desafía nuestras concepciones habituales de la historia entendida únicamente como práctica científica.

En relación con esta cuestión, *Metahistoria* guarda un significado especial. Los estudios recientes sobre ella han revalorado su papel

¹⁵ Frank Ankersmit, “El dilema de la filosofía de la historia anglosajona”, en *Historia y topología*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 91-150.

como filosofía de la conciencia histórica y no sólo su funcionalidad como modelo de análisis historiográfico.¹⁶ Sin embargo, a lo largo de sus primeras dos décadas de vida, la crítica se centró casi exclusivamente en su validez como teoría del lenguaje historiográfico. Lo que más atrajo atención, y desde luego también controversia, fue la pertinencia de un modelo que parecía desdibujar por completo la distinción habitual entre relato literario y discurso histórico. Los críticos más fervorosos entendieron los planteamientos de *Metahistoria* como un desafío frontal a la concepción de objetividad histórica. No obstante, más allá de la supuesta amenaza que constituye el pensamiento de White a la *doxa* de la ciencia histórica, considero que su valor radica en la comprensión de dos proyectos distintos pero complementarios del pensamiento teórico, que permiten la diversificación de perspectivas metodológicas a la luz de una reflexión filosófica a todas luces sugerente. Veamos esto a continuación.

Metahistoria: filosofía, teoría o metodología de la historia

Si bien reseñada e incluso alabada en sus primeros años de vida, *Metahistoria* no adquirió el alto grado de recepción que eventualmente justificó su fama y fortuna, sino hasta la década de los años ochenta. Desde entonces, sin embargo, no sólo ésa, sino otras aportaciones del pensamiento de White, se han vuelto cada vez más conocidas y ha sido reconocida su importancia como pionero del narrativismo en particular y de las perspectivas posmodernistas en lo general.¹⁷ En medio del debate propiciado por sus propuestas, una cosa parece quedar clara, al menos a sus críticos más recientes: la obra de White en su conjunto, y particularmente *Metahistoria*, ha logrado introducir el llamado “lenguaje sobre el discurso y la representación” en el campo de los estudios históricos, al grado de

¹⁶ Herman Paul, *Hayden White. The Historical Imagination*, Cambridge, Polity Press, 2011. Hans Kellner, “Twenty Years After: A Note on Metahistories and Their Horizons”, *Storia Della Storiografia*, 24, 1993, p. 109-117.

¹⁷ Ewa Domańska, *Encounters. Philosophy of History After Postmodernism*, Charlottesville, University of Virginia Press, 1998. Véase en particular la introducción y la entrevista a Hayden White.

constituirse en una referencia obligada para el “análisis literario de textos históricos”.¹⁸

Ahora bien, ponderar las aportaciones de White como representativas de la teoría narrativista implica tomar en cuenta al menos dos grupos de problemas. Por un lado, la reflexión hace necesario mencionar los planteamientos de naturaleza estrictamente filosófica que acompañan al pensamiento whiteano. Estos últimos suponen cuestionamientos de carácter más profundo y general, que apelan a los fundamentos de nuestra conciencia sobre lo histórico. Me refiero con ello a las preguntas que Herman Paul ha sugerido para describir las inquietudes más profundas de la filosofía narrativista: “qué entendemos por realidad histórica”, “cuál es el vínculo entre nuestras ideas sobre el pasado y nuestra conciencia sobre el presente”, “qué puede considerarse como un agente histórico”, “cuáles son las peculiaridades del pensamiento historiográfico respecto de otras modalidades de significación y comprensión del pasado”, entre otras.¹⁹ Por otro lado, el narrativismo involucra consideraciones teóricas específicas sobre posibles estructuras, recursos literarios o poéticos y estrategias argumentativas o retóricas del lenguaje mismo de la representación. En este último sentido, el narrativismo funciona como una teoría que explica las distintas modalidades del discurso histórico y, en algunos casos, como un referente metodológico concreto para la indagación sobre el pasado, cuando éste se mira en función de tradiciones e ideas transmitidas a través del lenguaje. La pregunta que es preciso formular, llegado este punto, es cómo interactúan, en el caso particular de *Metahistoria*, las distintas preocupaciones del narrativismo en general.

Dicha obra, es preciso enfatizarlo, constituye un conjunto no siempre concordante de distintas perspectivas de análisis y reflexión sobre una muestra reducida de obras históricas y de posturas filosóficas sobre el devenir. El único ámbito de circunscripción es histórico en la medida en que el texto se concentra, como bien señala el subtítulo, en la *imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. La propuesta alude no sólo a las características formales del lenguaje

¹⁸ Herman Paul, “Introduction: How to Read Hayden White”, p. 187-459.

¹⁹ *Idem*.

literario y los modos de representación empleados por los grandes historiadores del periodo (Ranke, Tocqueville o Burckhardt), sino que también supone un análisis acerca de concepciones filosóficas muy distintas (Hegel, Marx, Croce y Nietzsche). En el contexto de *Metahistoria* la filosofía de la historia y el realismo historiográfico son fenómenos paralelos y en algunos casos incluso complementarios. En este sentido, es preciso recordar que uno de los objetivos más inmediatos del análisis de obras históricas es explicitar distintas modalidades de conciencia y conceptualización filosófica que el lenguaje historiográfico mantiene veladas bajo la intención de interpretar lo concreto y no lo general.

Debido a las temáticas que aborda y sobre todo en virtud de sus procedimientos de análisis formal, juzgados muchas veces esquemáticos o poco consistentes, *Metahistoria* supera el ámbito de la teoría que busca esclarecer modos concretos de composición literaria, al evaluar cuestiones que afectan, no sólo el lenguaje de las obras históricas, sino las concepciones éticas, estéticas y en última instancia metafísicas que surgen en cualquier forma de reflexión y representación del pasado. El holandés Herman Paul, autor de uno de los estudios más completos sobre el pensamiento de Hayden White, ha llegado a la conclusión de que el principal objeto de interés de *Metahistoria* no es el discurso narrativo, sino el pensamiento mítico y la imaginación entendidos como factores decisivos en nuestra comprensión de la realidad.²⁰ La afirmación no tiene la intención de negar la impronta del estructuralismo, y muchas otras perspectivas de análisis formal, en el contexto de producción de *Metahistoria*, pero sí busca enfatizar aspectos a veces soslayados del pensamiento de Hayden White en particular y del narrativismo en general. Para H. Paul, el lector de White no debería esperar una postura definida en términos de un sistema estructurado de ideas filosóficas, sino más bien una suerte de irrupción creativa de ideas novedosas y profundamente controversiales.²¹

Semejante caracterización destaca el afán polemista de Hayden White sin minimizar la agudeza de sus planteamientos, y sugiere a sus lectores una revisión más cautelosa o tal vez menos literal de sus

²⁰ Herman Paul, *Hayden White...*, p. 440.

²¹ *Ibidem*, p. 313.

distintas propuestas. Es cierto, por ejemplo, que, en la introducción a su *opus magna*, el mismo White se refiere a su trabajo en términos de una “teoría de la obra histórica”.²² Es cierto también que utiliza constantemente (no sólo en la sección inaugural sino en el resto del libro) categorías de análisis literario como tropo, trama o estructura narrativa. No obstante, es preciso advertirlo, semejante uso del lenguaje conceptual no parece tener siempre la intención metodológica que uno podría esperar de este texto, a saber, la de funcionar como base para el análisis historiográfico. Aun cuando en ocasiones así resulte, una mirada al conjunto, y sobre todo a las conclusiones, revela con mayor claridad los cuestionamientos filosóficos y la huella existencialista en un autor más preocupado por la ideología subyacente al discurso histórico que por los mecanismos retóricos, lingüísticos o narrativos que hacen posible la representación del pasado. Como bien se ha señalado, un rasgo interesante de *Metahistoria* es constituir una suerte de relato o historia de la decadencia del pensamiento histórico. La última parte del libro, dedicada a la reflexión de ese estado de ironía en que el pensamiento histórico del siglo XIX había caído, confirma la inclinación del autor a distanciarse del plano formal del lenguaje, en favor de la reflexión que atiende precisamente las formas de conciencia y el decisivo papel que desempeñan las prefiguraciones intuitivas o míticas en la construcción de ciertos modos de representación historiográfica.

²² En general, toda la introducción a *Metahistoria* hace gala del carácter metodológico del texto. El autor indica como su principal propósito “el análisis de la estructura profunda de la imaginación histórica de la Europa del siglo XIX”, lo cual ciertamente apunta hacia esos rasgos de la conciencia histórica que subyacen al discurso. Sin embargo, plantea el camino a seguir como un “método” esencialmente “formalista” y justifica su aproximación a la obra histórica como “una estructura verbal en forma de discurso”. Más adelante, y bajo el subtítulo de “La teoría de la obra histórica”, el autor procede a explicar punto por punto sus planteamientos. Aunque no pretendo afirmar que White se “desdiga”, por así decir, de su propósito inicial, considero acertada la afirmación de que la mayor parte del análisis realizado en los capítulos subsiguientes difícilmente se corresponde con el formalismo de la introducción. Si bien White nunca desiste en el empleo de las categorías de análisis presentadas al inicio, éstas no necesariamente refieren aspectos formales de las narrativas de Ranke, Burckhardt o cualquier otro autor, sino más bien aspectos ideológicos frente a los cuales el autor emprende polémica. Hayden White, *Metahistoria...*, p. 14-16.

El análisis más o menos sistemático y, en general, todos los giros y aspectos de la obra terminan por concluirse, y por momentos opacarse, ante la discusión de las páginas finales. Estas últimas, lejos de mostrar los resultados de una “teoría de la obra histórica”, revelan una penetrante reflexión filosófica y una toma de postura respecto al realismo decimonónico y sus implicaciones ideológicas. Nociones como las de argumentación formal o explicación por la trama quedan más o menos al margen frente a lo que parece mostrarse como el verdadero propósito de la obra: “En las ciencias humanas todavía se trata no sólo de expresar una preferencia por uno u otro modo de concebir las tareas del análisis sino también de elegir entre nociones contrastantes de lo que podría ser una ciencia humana adecuada”.²³ En unas cuantas líneas, todo el aparato analítico de *Metahistoria* parece estar conformado con el único propósito de desvelar, y en última instancia cuestionar, las bases morales o estéticas que operan en la elección de uno u otro modo de configuración de la realidad humana.²⁴ Al final, como afirma H. Paul, *Metahistoria* muestra su lado humanista y sus preocupaciones existencialistas, más que su sistematización teórica y metodológica.

En virtud de todo lo dicho hasta aquí, *Metahistoria* puede considerarse, creo yo con justicia, una muestra clara del ejercicio del pensamiento teórico en por lo menos dos de sus posibles niveles de acción. Por un lado, tenemos una propuesta de análisis formal de obras históricas, guiada por principios metodológicos diversos que van, desde el estructuralismo y la teoría de los tropos de Northrop Frye y Harold Bloom, hasta las propuestas de análisis retórico de Stephen C. Pepper y Kenneth Burke. Independientemente del grado de aplicabilidad que estos referentes adquieren, o dejan de adquirir, a lo largo de cada uno de los capítulos de *Metahistoria*, lo cierto es que la mera sugerencia de estas categorías como puntos de partida para el análisis de la literatura histórica amplificó de manera sustancial las posibilidades de la crítica historiográfica.²⁵ Por otro lado, semejante

²³ *Ibidem*, p. 411.

²⁴ *Idem*.

²⁵ Álvaro Matute, “El componente metahistórico. Propuesta para una lectura analítica de la historia”, *Ciencia y Desarrollo*, México, n. 116, mayo-junio 1994, p. 62-66.

herramienta de análisis parece indisociable, al menos en el contexto de esta obra, de principios o afirmaciones de carácter filosófico que fundamentan y, en última instancia, dan sentido a un estudio de esta naturaleza.

Una de las presuposiciones que juzgo más fructíferas de *Meta-historia*, al menos en el contexto del análisis historiográfico, es la afirmación de que la forma narrativa del discurso histórico es reveladora, en el caso de la historiografía decimonónica, no sólo el carácter estilístico o literario de dichas obras, sino de la visión que los historiadores del XIX tuvieron sobre la realidad humana, representada, gracias a la forma narrativa, bajo los principios de la coherencia y el desarrollo (*development*). Es en este sentido que White afirma que los distintos modos de explicación o entramado histórico no son otra cosa que “formalizaciones de intuiciones poéticas”²⁶ –de ahí que Herman Paul haga énfasis en la importancia que da *Metahistoria* a la base mítica del pensamiento histórico—. Bajo esta perspectiva, la narrativa es, como suele decirse, una cuestión no sólo de forma sino de contenidos, pues evidencia la coexistencia de estrategias literarias concretas, por un lado, y visiones de mundo, por el otro.

El vínculo entre modos de discurso y modos de conciencia, en el contexto de *Metahistoria*, es el núcleo que hace posible articular los tres posibles usos que, según indiqué antes, involucra el lenguaje teórico, a saber, el teórico, el filosófico y el metodológico. La introducción bien puede leerse como un verdadero “*manifesto* teórico”, o como una “teoría de la obra histórica” casi en el exacto sentido que los distintos diccionarios, antes referidos, dan al término “teoría” o incluso al de “teoría científica”.²⁷ En concordancia, algunos de los capítulos que integran la parte toral de la obra constituyen, efectivamente, muestras luminosas de análisis historiográfico puntual, mientras que la conclusión, por su parte, se muestra como una reflexión filosófica de tintes mucho más abstractos y en cierto sentido hasta

²⁶ White, *Metahistoria...*, p. 11.

²⁷ En general, como un “conjunto organizado de ideas referentes a cierta cosa o que tratan de explicar un fenómeno” o bien en tanto que un sistema más o menos rígido de conceptualizaciones cuya finalidad es explicar, articular y abstraer lo observado o examinado directamente. *Vid. supra*, notas 3, 5 y 6.

especulativos.²⁸ Ahora bien, la articulación entre estos tres niveles debe, creo yo, tomarse con cautela.

Uno de los aspectos más destacados en los estudios recientes sobre *Metahistoria* (el cual he venido reiterando) es precisamente su falta de sistematicidad para aplicar conceptos y utilizar algunas categorías. La referencia, por ejemplo, a tropos caracterizadores de una determinada obra histórica – como bien ha puntualizado H. Paul – suele indicar elementos de naturaleza más ideológica que estrictamente discursiva. Estos conceptos, extraídos de diversas teorías del discurso, se utilizan para describir modos de conciencia que no necesariamente se corresponden con el análisis puntual de estructuras narrativas y/o dispositivos retóricos específicos.

En conclusión, aun cuando *Metahistoria* parece discutir esencialmente el aspecto narrativo o discursivo de una obra determinada, en realidad está haciendo afirmaciones de distinta índole respecto de las presuposiciones ideológicas de cada uno de los autores analizados. En este punto, el lector podría preguntarse sobre la funcionalidad o las virtudes de un ejercicio semejante. A mi juicio, la esquematización del pensamiento rankeano a partir del tropo de la sinécdoque (por citar sólo uno de los muchos ejemplos que nos ofrece el texto) resulta no sólo plausible sino increíblemente iluminador, pues sugiere una pauta de análisis que puede utilizarse en muchos otros casos. Aun si por momentos el planteamiento resulta problemático (hay en realidad muy pocos ejemplos concretos sobre el funcionamiento específico de esta configuración poética en la narrativa rankeana), la interpretación del discurso histórico, tal como se desarrolla en *Metahistoria*, supuso la apertura hacia nuevas perspectivas para el estudio de la IMAGINACIÓN histórica. La palabra subrayada constituye uno de los vocablos más recurrentes de la obra. Su reiteración revela la importancia del sustrato ideológico en el ejercicio del análisis discursivo. Aun si el lenguaje es el único camino posible para identificar estas “intuiciones poéticas”, es importante

²⁸ Desde este punto de vista, *Metahistoria* constituye una propuesta más enmarcada en la filosofía de la conciencia o en la ética del discurso histórico; ese rasgo se explicita en otros trabajos de Hayden White, particularmente en “Tropología, discurso y modos de conciencia humana”, en *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Paidós, 2003.

reconocer que la propuesta de *Metahistoria* no se agota en una teoría del lenguaje, sino que ésta se entiende también como una filosofía de la conciencia.

Conclusiones

A la luz de lo dicho hasta aquí, considero que el éxito de *Metahistoria* radica en la novedad de sus diversos planteamientos filosóficos (éticos y estéticos), pero también en el potencial que adquiere el análisis formal, al amparo de una visión que juzga el texto como una suerte de mundo ideado y por lo tanto construido en función de intuiciones implícitas o ideologías asumidas. Al mismo tiempo, semejante convergencia de intereses supone, a su vez, un serio cuestionamiento a nuestros propios modos de comprensión y a la forma en que evaluamos su validez cognitiva. En este último punto es que se ha concentrado la mayor parte de la controversia en torno del posmodernismo o el supuesto relativismo radical de la obra y el pensamiento de su autor.²⁹

Ahora bien, precisamente en razón de lo anterior es que llevar los componentes metodológicos de semejante perspectiva de análisis a cualquier ámbito de reflexión puede resultar no sólo riesgoso sino incluso inútil. El estudio de las tramas y los tropos, tal como se muestra en *Metahistoria*, no resulta pertinente para cualquier narrativa histórica o para cualquier forma del discurso destinando a la representación de lo histórico, entre otras cosas porque, como dije antes, ni siquiera opera, dentro de *Metahistoria*, como una metodología sistemática para el análisis del discurso. De hecho, esas pautas de análisis que en *Metahistoria* son tan reveladoras, y que a todas luces justificarían un examen genuinamente narratológico de la literatura histórica del XIX, resultan completamente inapropiadas y acaso estériles frente a una enorme proporción de las obras producidas por los profesionales de la historia en las últimas cinco décadas.

²⁹ Una visión panorámica de la cuestión así como una suerte de enumeración rápida sobre los planteamientos whiteanos que mayor polémica han desatado puede encontrarse en Keith Jenkins, *Why History? Ethics and Postmodernity*, Londres, Routledge, 1999.

Una obra monográfica, un artículo de revista especializada o incluso una obra elaborada bajo los estrictos criterios académicos actuales difícilmente podrían constituir el material idóneo para el análisis de formas tropológicas y tipos de entramado. A la luz de lo anterior, hacer uso de *Metahistoria* como un referente metodológico, sin ningún miramiento, puede constituir un franco error de procedimiento, que ha llevado a muchos a desestimar por completo sus fundamentos teóricos y filosóficos. Desde mi perspectiva, semejante desestimación supone una distorsión de origen vinculada con las reflexiones iniciales de este ensayo.

A pesar de la diversidad de definiciones y de los muchos aspectos involucrados en una labor filosófica, teórica o metodológica en torno de la historia, existen ciertos rasgos en común. Las tres expresiones suponen un ejercicio de reflexión, eminentemente contemplativo, que emplea abstracciones a través de un lenguaje más o menos artificial, esto es, esencialmente conceptual. Este rasgo o matriz común es el que nos orilla a confundir los distintos niveles o usos de un lenguaje que, a mi juicio, no puede sino denominarse filosófico. Reevaluar *Metahistoria* como un referente importante de la filosofía o la teoría de la historia contemporánea supone, creo yo, considerar la comunión pero también la necesaria identificación de la actividad teórica en sus diversos niveles. Y adecuar el pensamiento teórico al estudio de problemáticas concretas constituye la mayor responsabilidad del teórico de la historia en la actualidad. Desde hace ya varias décadas, el análisis del discurso no se limita al estudio de tramas narrativas, sino que ha incursionado en otros terrenos e incorporado perspectivas metodológicas de muy diversas procedencias. Estas modalidades teóricas o metodológicas, sin embargo, no están exentas de presuposiciones de carácter filosófico en un sentido más general. Quiero decir que, en muchos casos, sugieren perspectivas amplias sobre los fundamentos últimos de la reflexión histórica o de la interpretación de la realidad humana y, en este sentido, pueden constituirse, con o sin conciencia de ello, en deudoras de una determinada filosofía de la ciencia (histórica) o una cierta filosofía especulativa sobre la realidad, el devenir o la naturaleza humana como tal. A la luz de lo dicho, el valor de una obra como *Metahistoria* es haber revelado la compleja relación entre nuestras

concepciones filosóficas y el desarrollo de estrategias teórico-metodológicas, en el quehacer cotidiano de la disciplina. A la luz de esa propuesta, le corresponde al historiador (y no sólo al filósofo) descubrir la eficacia, la inconsistencia o la virtud de su propia teoría o filosofía de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

- DANTO, Arthur, *Analytical Philosophy of History*, Londres, Cambridge University Press, 1965.
- Diccionario de la lengua española*, 22a. edición, Madrid, Real Academia Española, 2001 (versión electrónica).
- DOMAŃSKA, Ewa, *Encounters. Philosophy of History After Postmodernism*, Charlottesville, University of Virginia Press, 1998. Véase en particular la introducción y la entrevista a Hayden White.
- FERRATER MORA, José, *Diccionario de filosofía*, 4 v., Barcelona, Ariel, 2009.
- GARDINER, Patrick (ed.), *Theories of History*, Nueva York, The Free Press, 1959.
- HERBST, Jurgen, "Theoretical Work in History in American University Curricula", *History and Theory*, v. 7, octubre 1968, p. 336-354.
- History and Theory*, v. 1, n. 1, 1960.
- History and Theory. Symposium: Uses of Theory in the Study of History*, v. 3, n. 1, 1963.
- History and Theory. Beiheft 25. Knowin And Telling History. The Anglo-Saxon Debate*, edición de F. Ankersmit, Middletown, Wesleyan University, 1986.
- HUIZINGA, Johan, *El concepto de la historia y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- JENKINS, Keith, *Why history? Ethics and Postmodernity*, Londres, Routledge, 1999.
- KELLNER, Hans, "Twenty Years After: A Note on Metahistories and Their Horizons", *Storia Della Storiografia*, 24, 1993, p. 109-117.

- KRINGS, Hermann, Hans Michael Baumgartner, Christoph Wild *et al.*, *Conceptos fundamentales de filosofía*, 4 v., Barcelona, Herder, 1979.
- MATUTE, Álvaro, “El componente metahistórico. Propuesta para una lectura analítica de la historia”, *Ciencia y Desarrollo*, México, número 116, mayo-junio 1994, p. 62-66.
- MOLINER, María, *Diccionario de uso del español*, 2 v., Madrid, Gredos, 2007.
- The Oxford Companion to Philosophy*, 2a. edición, edición de Ted Honderich, Nueva York, Oxford University Press, 2005.
- PAUL, Herman, *Hayden White. The Historical Imagination*, Cambridge, Polity Press, 2011.
- RICOEUR, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, traducción de Agustín Neria, Madrid, Trotta, 2003.
- WALSH, W. H., *Introducción a la filosofía de la historia*, México, Siglo XXI Editores, 1970.
- WHITE, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- , *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins Paperbacks Edition, 1985.
- , *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Paidós, 2003.